BRUJULA PARA LEER



RAMON ANTE EL ESPEJO

Al filo de los sesenta años, y después de trece de incesante labor literaria en América, publica Ramón esta que él llama *Automoribundia* (1), su primera autobiografía seria y dramática, sin que, tratándose de un libro de Ramón, falte el humorismo en sus páginas. ¿Por qué la ha titulado *automoribundia?* El mismo Ramón nos lo explica en el prólogo. El ha querido escribir «la historia de cómo ha ido muriendo un hombre», la historia de su irse muriendo poco a poco en la batalla humana y literaria, tantas veces despiadada, de los últimos treinta, cuarenta años. El libro es rabiosamente sincero, y su humanidad está latente en cada una de sus páginas. Ramón ha puesto al desnudo su corazón, como Baudelaire, contando sus amores y también sus fracasos sentimentales y humanos. Una nostalgia tremenda de Madrid y de lo español alienta en el libro, que es, sin duda, el libro más trágico de Ramón. Pero al mismo tiempo es un libro profundamente vital, al que no falta alegría y amor por las cosas, con una temperatura humana de primer grado.

No pequeña parte del libro está consagrada a la experiencia literaria de Ramón, sin duda una de las más apasionantes de su genera-

(1) RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Automoribundia.* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1948.

ción, y una de las más curiosas. Esa experiencia comprende ya cerca del medio siglo, pues su primer volumen, que tanto asustó a su tía la poetisa Carolina Coronado por lo revolucionario de sus ideas literarias, se publicó en 1904, cuando el escritor tenía sólo catorce años. Desde entonces, Ramón ha producido una obra que alcanza ya a los cien volúmenes, sin contar con sus innumerables conferencias literarias y sus miles de artículos. Obra tan ingente merece un estudio serio que, hasta ahora, no ha sido emprendido por nadie, al menos que nosotros sepamos. Habrá que estudiar las influencias literarias de Ramón y la relación de su humorismo con otros humorismos extranjeros, y lo que hay en él de tradición y de renovación, de arraigo y de vuelo.

Lo más importante de esa experiencia literaria a que hemos aludido está contado por Ramón con su pluma imaginativa y parpadeante. Está contado con franqueza y con gracia, y siempre sin rencor. No hay libro que contenga más dosis de generosidad para con las cosas y para con los hombres, para con la vida, en fin. No quiere decir esto que Ramón dé el visto bueno a todo, y se haya hecho un conservador a ultranza. Ramón es, sobre todo, un poeta, un inventor de mundos, y no transige con lo antipoético y lo cursi, con la inclinación al achatamiento de la existencia, a su estancamiento mortal. Esto explica que Ramón, tan arraigado en las viejas cosas españolas, haya podido interesarse por el surrealismo y por todos los movimientos poéticos de vanguardia, que siempre arrojan aire fresco en la vida literaria de aquí y de fuera. Cierto que sí se nota en el libro una intensificación de su sentimiento conservador—por ejemplo, sus afirmaciones patrióticas y religiosas—, pero ello no impide que Ramón siga viendo la vida con ojos diariamente frescos y disparados a lo inverosímil y a lo poético, y que a veces su visión de la vida sea anticonservadora, y siga alarmando a las viejas tías de todos nosotros. Esta aparente contradicción es muy humana y muy española, y nadie sincero podrá pedirle cuentas. Tanto más cuanto que Ramón—como lo demuestra cumplidamente en este libro—es el escritor más independiente que existe, y no se ha sometido jamás a banderías políticas ni literarias.

No hay que decir que, como todo libro de Ramón, *Automoribundia* es obra rica en greguerías y en visión poética de la existencia. La audacia y la juventud de la imagen y de la metáfora sorprenden al lector no habituado a la literatura inesperada de Ramón. que sabe sacar el más sabroso jugo vital y poético a las cosas aparentemente más anodinas.

J. L. C.

El mundo es perfecto para Guillén, y el entendimiento de esa perfección le proporciona una serenidad consciente, un entusiasmo dominado, una gracia que consuela. En contra, millones de hombres angustiados opinan de otro modo. Pero la angustia ¿no será la insatisfacción material y mental del hombre? ¿Y qué tiene que ver esto con la perfección del mundo?

La luz ilumina y crea las cosas—«todo lo inventa el rayo de la aurora»—. Entonces, se nombran y poseen. Poseídas, ya en uno sin dejar de ser fuera, se entienden, empleando la inteligencia. Nos apropiamos la esencia de las cosas sin disminuir su ser, sin desgastarlas, convirtiéndose en vida y alegría en nosotros. Y el poeta, el hombre señoreador, se tranquiliza y canta al comprender el orden, la necesaria armonía de las cosas. De lo oscuro, de lo confuso, del sentimiento en niebla, llega, por una vía de inteligencia, a la seguridad y al contento. Angustia, por tanto, es ignorancia y subordinación a la necesidad. Jorge Guillén es el poeta menos angustiado—ni siguiera melancólico—, quizá por más consciente. De la muerte, como ejemplo extremo, que ponía alfileres encendidos en la raíz de Unamuno, dice Jorge Guillén con pasmosa elegancia:

va a imponerse su ley, no su accidente.

El obedecer a ley, no a capricho, es servidumbre digna del hombre. Libertad es obediencia a ley. Guillén no se rebela, no quiere saber más de lo que necesita para entender, cantar y ser feliz, sin la menor concesión al tópico, a la pereza, a los vahos oscuros que quieren perder al hombre. La poesía de Guillén nos hace más propios, más señores, más conscientes.

Para hablar aguda, inteligentemente de un poeta tan sencillo y tan difícil como la hoja de hierba o la caricia del aire primaveral, hacía falta cierta semejanza. Y Gullón y Blecua (1) la tienen. Baste decir en su elogio—aunque ellos no quieran elogios, sino comprensión—, que a tal poesía, tales críticos. Ya puede estar Guillén contento de sus comentaristas, que sin falsificar, sin atomizar su poe-

(1) RICARDO GULLÓN y JOSÉ MANUEL BLECUA: *La poesía de Jorge Guillén*. Zaragoza, 1949.

sía, han dado al lector nuevos medios para penetrar en su mundo, prodigiosamente hermoso, contenido en dificultad, en severidad que es elegancia, para impedir que cualquier zafiedad pueda camaradear con lo segundo. Tanto para entender los exigentes ensayos de Blecua y Gullón, como la poesía de Jorge Guillén, el lector ha de estar atento, en tensión; ha de tener capacidad de discurrir. No se olvide que, acertadamente, Guillón llama a la poesía de Jorge Guillén una poesía de la inteligencia; de la inteligencia y para la inteligencia. ¿Qué hay fuera de la inteligencia a más de mecánica y frío?

En la poesía de Guillén, en la poesía de siempre, la alegría y la justeza las dan el entender y ex-presar el orden, la significación, el conocimiento que hermana la aparente contradicción de la armonía y razón del mundo. En este sentido, la poesía de Jorge Guillén podría llamarse científica. En ella la verdad se hace belleza, o se llega a la belleza por caminos verdaderos. Y decimos científica, porque no basta tener sensibilidad fisiológica para sentirla, sino inteligencia, sensibilidad mental. Es poesía, que, como toda decencia, no se entrega sin previa conquista, sin merecimiento.

Serenidad inteligente, señorío, exactitud. He aquí la clave de la poesía de Jorge Guillén. El sentimiento al mando del hombre—no la sensibilidad—, es peligroso: arrastra, embriaga, corrompe, como un ritmo sin ideas. La inteligencia—siente el pensamiento, dijo quien lo sabía por corazón y cerebro—, ordena, clarifica, jerarquiza. ¿Cuántos seres hay en claro, inteligentes y sensibles? Esa no es pregunta para el poeta, que no debe buscar el éxito, y sí la verdad. Guillén, como todo lo superior, no es para todos, ni lo pretende. Y no veáis desprecio en su honestísima postura. Es el gran consuelo de que todos salgamos del anonimato gregario a personalidad, a nosotros mismos; de que nos salvemos en distinción. Dios no llora ni patetiza: comprende, ordena. La comprensión, el orden, es el gozo del hombre. Y en esta lucha eterna estamos: dando la batalla a la confusión, al caos, al sentimentalismo de almoneda, a lo frívolo o zarrapastroso. El propio Guillén lo ha dicho bellísima y verísimamente: «la inteligencia es la felicidad». La poesía de Guillén nos serena y aclara, nos supera liberándonos de lo accidental. Poesía que dice y beneficia; no poesía que agita, revuelve y enloquece. Poesía de la serenidad y la grandeza para hacer hombres, no para deshacerlos y falsificarlos.

Dice Gullón de la actitud de Guillén: «Pasión por la claridad, por el rigor; ásperos caminos hacia la belleza y la poesía; caminos de lento andar, impuestos por una predisposición, por un connatural desdén de la riqueza verbal ostentosa, de la superabundancia lí-

rica, del aparato y del énfasis.» Y Blecua coincide en su estudio al escribir: «Amor de Guillén por lo claro, lo ordenado y lo matemático. Lo turbio, lo nebuloso es inmediatamente rechazado.» No en balde se ha dicho que el hombre es racional. Y cuando dimite de la razón, nacen los monstruos de Goya. El sueño de la razón cría monstruos; no la vigilia de la razón. Si el hombre, animal racional, se apea de la razón, se queda en puro animal, se esclaviza al instinto—la razón aún no hecha luz de conciencia—, se enfeuda al caos y a las sombras, pierde el equilibrio. El simple hecho de vivir, el complicado hecho de vivir consciente, es ya un prodigio, a más de un problema. Como observó el maestro Ortega y Gasset, todo en el mundo es maravilloso para unas pupilas bien abiertas. La felicidad, el cántico de gracia, la fe de vida que deja constancia de haber sido, de ser, de seguir siendo, consiste en dejarse vivir, no en hacerse impermeable, cerrado y ciego a la vida. Esta es la extraordinaria lección de sencillez, gracia y alegría de *Cántico*, poesía afirmadora, para creer y esperar, a la medida de la dignidad humana.

Según la metafísica de Jorge Guillén, todo está en función del conocimiento. Y no hay vida histórica sin conocimiento; ni alegría, ni belleza, ni orden. Por él entra al hombre la vida altruísta, la que no es yo; él le permite darse cuenta de su vida interior y de sus conexiones con la vida total.

Nos duele la brevedad del espacio como los límites del cuerpo y del conocimiento—¡este muro nos secuestra el más allá!—. Nos interesa hacer esta declaración porque el libro de Gullón y Blecua, al igual que los versos de Jorge Guillén, está lleno de resonancias y sugestiones muy vivas en nosotros, de respuestas a los problemas del hombre. En alabanza justísima de Ricardo Gullón y José Manuel Buecua, diremos que ésta es la gran crítica con la que han soñado siempre los poetas. Crítica que funde cultura, amor—no vale confundir la crítica con las malas tripas, decía don Antonio Machado— y prosa de auténtica categoría.

RAMÓN DE GARCIASOL.

LA «TORRE DE MARFIL» QUE ABATIO LA GUERRA

Las guerras han traído siempre consigo una serie de trágicas consecuencias capaces de alcanzar hasta a aquellas personas que por su estado y condición más alejadas debieron quedar en ellas y que, sin embargo, fácilmente se convierten en víctimas propiciatorias de su

universal desestre. Y denro de los innumerables dramas individualizados en los que viene a descomponerse esa gran tragedia que periódicamente asola a la Humanidad, ninguno comparable al que sirve de base a esta obra, justamente galardonada con el Premio Internacional de Primera Novela 1947 (1).

Su autor, el joven escritor uruguayo Rodolfo L. Fonseca, que tan recientemente estuvo entre nosotros, ha sabido traer a sus páginas un tema atrevido, fuerte y desgarrado como pocos, pero extraordinariamente humano y real y, sobre todo, revestido de una novedad, al menos en la manera de estar concebido y enfocado, que lo convierte en algo en cierto modo inédito dentro del campo de la novela de guerra o basada en sus consecuencias, siempre de carácter excepcional.

Se trata del drama íntimo de unas pobres misioneras evacuadas de China, donde en los horrores de la guerra civil se han visto obligadas a dejar la flor más preciada de su alma, que ofrendaran un día al Señor. Drama apurado en el relato hasta sus últimas consecuencias, que lo constituyen, por una parte, la reacción de una de las monjas, que le hace volver al mundo, donde acaba perdiéndose al dejarse arrastrar por la vorágine del placer que entreviera con «aquello»; y por otra, el fruto concebido por una de sus compañeras de religión, que crea un terrible problema, de consecuencias incalculables.

Basta la simple enunciación del tema, hecha así a rasgos generales, para comprender las dificultades que ofrecía su desarrollo dentro del sentido novelístico que debía presidirlo y la tónica de espiritualidad que por convicción y sentimiento artístico quiso inspirarle su autor desde el primer momento. Porque a lo largo de todo el libro habían de jugar reacciones psicológicas muy complejas: convulsión de unas almas que vivieron siempre encerradas en su «Torre de Marfil» y pierden de un golpe la paz interior y la tranquilidad espiritual; desquiciamiento psíquico de unos organismos sacudidos por el horror de lo para ellos más abominable; nuevos horizontes y sensaciones abiertos a unas vidas que creyeron renunciar a ello para siempre; lucha y pugna terrible entre el nuevo sentimiento apasionada y egoísta de la maternidad, con el desprendimiento y abnegación del servicio de Dios; enfrentamiento, en fin, del amor divino, en su forma más pura e ideal, con el amor humano, bastardeado en una que cae en el sacrilegio, sublimado en otra por la renunciación heroica de los más exquisitos y legítimos goces de la maternidad.

(1) Rodolfo L. Fonseca: *Turris Ebúrnea*. Colección «Los Escritores de Ahora». José Janés, editor. Barcelona, 1948. 290 páginas.

Y en todo ello ha triunfado plenamente Fonseca en esta su primera novela completa, que ofrece características que exceden en mucho a las comunes a toda producción inicial de un autor novel. Ante todo, el acierto de su arranque, con un planteamiento del problema que va a presidir toda la obra, en el que el hecho capital que le sirve de base se escamotea hábilmente a la crudeza realista y desagradable desde el punto de vista estético que forzosamente habría tenido, haciéndolo llegar al lector solamente a través de las reacciones y el trastorno espiritual y psíquico que ello ha producido en sus pobres víctimas. Y luego, el ulterior desarrollo de dicho proceso anímico y las consecuencias que se van derivando del desdichado episodio y que constituyen el cuerpo central de la novela, está llevado de mano maestra, habiendo sabido el autor imprimir en sus personajes todo el realismo impresionante de su angustiada situación, el horror de la abominable escena que pervive en su recuerdo, por más que pretenden desecharlo; la duda opresora sobre el posible pecado del hecho mismo, considerado así por ciertos repliegues de sus delicadas conciencias; el tormento lacerante de sentir perdida para siempre su tranquilidad espiritual, con la perspectiva de un porvenir incierto que les brinda la posibilidad de un retorno al mundo, que ha de traerles nuevas sensaciones antes desconocidas; el temor y al mismo tiempo el anhelo de la maternidad, que por ser en cierto modo sacrílega y antinatural, dada su condición religiosa, provoca en sus almas terrible lucha de sentimientos encontrados. Y todo esto en un alarde de escarceo psicológico lleno de finura y delicadeza espiritual y presentado de modo que sean las propias protagonistas las que vayan desnudando sus almas ante el lector a través de unos diálogos llenos de expresividad y sugerencias.

Centrado ya el problema, empiezan a tocarse sus consecuencias, y es entonces cuando la novela va adquiriendo vigor y se dibuja el drama que ha de enfrentarse a sus personajes. Concedida autorización por la Santa Sede para que, después de un prolongado retiro espiritual, le sean levantados los votos y pueda volver al mundo la que así lo desee, sólo una lo hace, que por reacción de su temperamento se entrega a una vida de disipación en la que, cuando creía haber encontrado la falsa felicidad que puede proporcionarle el mundo, tropieza con una muerte imprevista ocurrida en trágicas circunstancias. De las que se quedan, sólo dos conciben, volviéndose loca una de ellas por haberle nacido un hijo deforme y monstruoso, que muere a los pocos días; la otra tiene una niña, que es educada por las monjas en la Casa-Convento en que han sido recluídas para evitar el natural escándalo de tan anómalo acontecimiento, hasta

que, llegada a una edad en que hay que pensar en crearle una posicion ante el mundo que le permita ser feliz, se le presenta a la pobre madre el sacrificio abrumador de renunciar a ella, consintiendo en que sea adoptada por una familia, que le hacen creer es la suya verdadera. Heroico sacrificio de madre que constituye una magnífica pintura del autor, por cuanto a él va unido el problema de la dualidad de amores y de sentimientos de la desdichada monja, que ya no es ni enteramente del mundo ni de Dios, y en cuya alma deshecha batallan sentimientos tan encontrados como el egoísmo maternal y el desprendimiento divino, lo que la lleva al cielo y cuanto la sujeta a la tierra por unos lazos carnales en cuya creación no ha tenido culpa alguna. Y sacrificio que se renovará poco después, acrisolado con el dolor de saber en peligro la felicidad de su hija, traicionada por el hombre que debió hacerla feliz y que ha caído en los brazos sacrílegos de la compañera de religión descarriada que les abandonó por no sentirse con fuerza para compartir su común desgracia... Con el intento de la monja para salvar la felicidad de su hija, sobreviene el drama que arrancará una vida a la tierra y al cielo, y tiene lugar el reconocimiento de la madre, y con él la única felicidad y consuelo gozados en este sentimiento humano y que viene a sellar los últimos instantes de su vida.

Magnífica novela, pues, que reúne todas las buenas cualidades literarias de una obra de autor madura y consagrada, resultando por su tema, de alcance verdaderamente universal, y por lo que supone de auténtico mensaje humano, propicia a la perennidad.

JOSÉ MANUEL VIVANCO.

UN POETA FRENTE AL MAR

José María Souvirón es bien conocido de los alumnos de Literatura española en la Universidad Católica de Chile y de todos los buenos amantes de la poesía escrita en castellano. Souvirón, por si el lector no lo sabe, es poeta y español. El 26 de octubre de 1904 nacía en Málaga, frente al Mediterráneo, encarándose de por vida con el cielo y, sobre todo, con el mar. El mar le dió inquietud viajera y seguramente el ímpetu poético que le fué llevando, lustro a lustro, hasta el presente año en que a Madrid llega su último libro de versos (1), el décimotercero de la serie poética de Souvirón. Ya en 1923, a los diecinueve años, publica *Gárgola*, al que siguen rítmicamente

(1) JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN: *Tiempo favorable*. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1948. 57 páginas.

Fuego a bordo (1932), *Plural belleza* (1936), *Romances americanos* (1937), *Romancero del Alcázar* (1937), *Olvido apasionado* (1941), *Balada para una muchacha* (1942), *Del nuevo amor* (1943), *El juglarcillo de la Virgen* (1944) y *La ciudad y los días* (1948). Ultimamente, y durante su reciente estancia en Madrid, Souvirón publicaba un nuevo libro (2), editado por la casi milagrosa Colección «Adonais».

La vida del poeta malagueño es peculiarmente marina, viajera y poética. Por ella pasan las olas, los barcos y las culturas del Mediterráneo, del Atlántico y del Pacífico: España, Francia, Chile... Desde muy joven forma en el grupo tan característico de poetas malagueños, José María Espinosa, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, artífices de una de las más bellas revistas de poesía española: «Litoral». En 1928, su segundo libro, *Conjunto*, se publicaba en la admirable Imprenta Sur, anticipo de las muchas maravillas tipográfico-poéticas con que Manuel Altolaguirre habría de asombrar luego a los bibliófilos de veinte países. Más tarde, la marcha a Chile (1932), las idas y venidas a España, los viajes a Francia... los versos, los años que transcurren. Hoy en día José María Souvirón es director literario de la Editorial Zig-Zag, de Santiago, y catedrático de Literatura española en la Universidad Católica de Chile. A su producción en verso hay que añadir una *Antología de poetas españoles contemporáneos* y dos novelas, de gran éxito en Hispanoamérica: *El viento en las ruinas* y *La luz no está lejos*.

* * *

Brevemente vamos a referirnos a los dos últimos libros de versos de José María Souvirón: *Señal de vida* (Madrid) y *Tiempo favorable* (Santiago de Chile). Y, ciertamente, a uno solo de sus aspectos más sobresalientes y común a ambos; común a las últimas creaciones del poeta malagueño: el amor. En realidad, *Tiempo favorable* no es un libro nuevo; se trata de una recopilación, mejor de una selección de sonetos amorosos, de amor a mujer, desperdigados en otros anteriores y hoy reunidos en un volumen, no con criterio cronológico, sino temático. Y así, por ejemplo, en *Señal de vida* se incluyen algunos poemas de los seleccionados pocos meses más tarde para formar en la breve Antología soneretil y amorosa de *Tiempo favorable*.

* * *

(2) José María Souvirón: *Señal de vida*. Volumen XLIII de la Colección «Adonais». Madrid, 1948. 59 páginas.

Es curioso ir comprobando cómo la preocupación erótica de José María Souvirón se va fundiendo suavemente con la presencia física del mar, con la presencia rememorativa de esta formidable y distinta criatura. Cierto que *Señal de vida*, en sus partes «Las energías» y «El poeta», es rica en otros aspectos poéticos, pero forzosamente es preciso no parar mientes en ellos. Desde que el poeta nace a la conciencia infantil, ya se enfrenta con el mar, con el «azul mediterráneo griego cortado por las siluetas de unos pinares latinos» (Preliminar de T. F. 12). Luego conocerá otros mares y, junto a ellos, otro amor, otras mujeres distintas de aquella adolescente con la que compartió el paisaje clásico del «mare nostrum» desde lo alto de los cantiles malagueños:

El silencio contigo; la voz plena
del suave mar, abajo...

(T. F. 25.)

Y el poeta se siente de por vida atado a un destino de amor marinero, de afán por los mares.

Mi historia es la de un barco en busca de una isla
donde el amor estaba esperando en la playa.

(S. V. 36.)

Unas veces es la hora de descanso en la arena frente a la voz del mar, escuchándola, aguardando; otras, es el mar que viene, no como el mar destructor de Vicente Aleixandre, sino que crece, puja y penetra amoroso al igual que el recuerdo de la mujer amada penetra en la memoria cordial. José María Souvirón halla en el mar los más varios acentos líricos, y los identifica con él y los funde y humaniza, dándoles apasionamiento de corazón enamorado en sus cambiantes expresiones. Una vez el amor se yergue como un *Vesubio sobre un mar napolitano* (T. F. 40), y de seguida es *amargo como el agua de los mares* (T. F. 44), o crece *con el olor del mar en la bahía* (S. V. 49), o se encarna en *aquel sueño de amor frente a las olas* (S. V. 55).

Identificado el amor con el mar y el mar con el hombre, el poeta vive la serena camaradería de la mujer, del mar y del amor: triángulo que inscribe creadoramente el instante propicio de la poesía. *Contigo y con el mar* (T. F. 46), ¿qué más pedir?

* * *

Pero también el poeta sabe diferenciar: *el* mar, *la* mar. El amor

a mujer y el amor amistoso y varonil. (Por algo en griego amor y amistad se confunden.) Dos mares y dos amores marcan y distinguen las inquietudes vitales de José María Souvirón frente al mar, frente a la mar, identificados en fin por la vida:

I

Amigo mar, el mar, amigo fuerte
de diversos momentos conmovido.
Claro, seguro mar, buen compañero,
que sabes la voz justa y oportuna.
.....

(S. V. 34.)

II

Amante mar, la mar, la mar amada
que te dejas tomar bajo el sol claro.

(S. V. 35.)

* * *

Quizá fuese más exacto calificar la última muestra de la poesía de Souvirón, no de marina, sino de marítima. El poeta se siente no navegante, sino contemplador del mar desde la costa. El viajero, como los viejos lobos de mar vencidos por los años, ha renunciado a la navegación, y desde la playa contempla nostálgico las rutas tantas veces singladas. Los tiempos de hoy se funden con los primeros y juveniles, aquellos vividos en el litoral malagueño. José María Souvirón, viajero de tierras y mares europeos y americanos, escribe un soneto en el arenoso papel de una playa chilena:

La alta noche y el mar. Las playas solas.
Un vientecillo fresco y desvaído.
Y en el confín oscuro, el lento ruido
de una orquesta de claras caracolas.

Ay amor: por encima de las olas,
desde mi corazón estremecido,
resbalaba, sin rumbo ni sentido,
el son de mis canciones españolas.

La fogata que ardía sobre la arena
era una estrella más, en la serena
infinitud. Cesaron mis canciones.

Las olas en la playa se morían.
Y de pronto sentí cómo latían
al mismo tiempo nuestros corazones.

(T. F. 40)

Un soneto que define al poeta, al poeta español. El mar, la mar,

al fin, ya se ha dormido. Y son dos corazones que, unísonos, cantan. El amor ha triunfado de la muerte con la poesía de José María Souvirón.

ENRIQUE CASAMAYOR.

PREMIO ESPAÑOL DE LITERATURA 1948

De «novela de humor» califica Juan Antonio de Zunzunegui a *La Ulcera*, galardonada el 1.º de enero con el Premio Nacional de Literatura y recientemente aparecida, y, en efecto, de una «novela de humor» se trata. No son ciertamente de otra divisa las novelas de Zunzunegui, que en ese matiz, o mejor dicho, en un acusado tono humorístico, descubren la razón de su arte. Pero en *La Ulcera* el humor se realiza de modo más sostenido y enterizo, por tasar el autor otros recursos de su estilo, tantas veces tocado de una singular poesía.

El humor, que campea a sus anchas en esta última novela de Zunzunegui, responde a una tradición—en lo literario y en lo popular—muy nuestra, o más propiamente hablando, muy latina. Los personajes de Zunzunegui suelen llevar una máscara de clásico gesto cómico, y tras la buscada deformación caricaturesca, alienta la pasión humana. Bien se la advierte en el fulgor de la mirada, y en el movimiento de labios que animan la careta: no digamos de la palabra viva. Muchas y antiguas letras hay en las novelas de Zunzunegui, como las hay, por ejemplo, en Ramón Pérez de Ayala, de cuya relación con Zunzunegui no se ha hablado hasta ahora aún profesando los dos un concepto muy afín del humor en lo narrativo, sólo que el arte de Zunzunegui no podría del todo ser explicado sin traer además a cuento el *grottesco* italiano de la literatura contemporánea. Esta genealogía se acusa más en *La Ulcera*, a nuestro juicio, que en otras novelas del autor, y así cabe considerarla como la más humorística de todas ellas.

Don Lucas, el *indiano* (español enriquecido en América), personaje central de *La Ulcera*, enamorado y víctima de la dolencia que le aqueja y que paradójicamente llena su vida, aunque le ponga en riesgo de perderla; don Lucas, el indiano, decimos, centra la novela, si bien el tema que la sirve de título no aparece hasta el último tercio. Lo anterior es preparación, análisis del carácter en sucesivas experiencias, confrontación del protagonista, con tipos secundarios que operan sobre él a modo de reactivos. Como *el americano*, contrafigura del indiano mismo, precisamente porque vuelve de la emigración sin dinero. El autor trata de obtener partido noveles-

co de esa rivalidad, en el escenario hasta entonces encalmado de Aldeaalta, pueblo marinero que nos hace pensar en un fondo del pintor vasco Zubiaurre. Pero esa rivalidad no nos importa sino como un mero pretexto para relacionar tipos y situaciones. No en vano Zunzunegui es cuentista, y no extraña, por tanto, que en sus novelas generalmente interesen más los episodios que el conjunto. Por lo que hace a *La Ulcera*, podrían extraerse, *verbi-gratia*, el cuento de Ramonchu el pedigüeño; una novela corta desarrollada en torno al invento del arpón eléctrico para pescar ballenas; otra novela más breve, de distinto corte, por su aire sentimental: la señorita Lula, su palacio y la necesidad del amor... Luego, viene la narración, que por sí sola, sin necesidad de apoyarse en las anteriores, podría recabar para sí el título de *La Ulcera:* cuando a don Lucas se le plantea el problema de estar curado ya y de sentir el vacío absoluto en su «cáscara» de indiano: «¿Cómo voy a estar más sano si ella era mi salud...?» Sólo con la fertilidad humorística que cualifica el ingenio de Zunzunegui puede tratarse tema tan difícil y aventurado. Pero Zunzunegui hace buen humorismo, tanto en el cartón de la máscara a que antes nos referíamos—razón clásica de la caricatura—como en la carne viva de un curioso y fino psicologismo. Esta parte de *La Ulcera* propiamente dicha es la mejor de la novela, y en trance de fijar el contraste, citemos las páginas referentes al «Concurso del vestido barato», de gracia más trivialmente obtenida. El humorista es aquí un simple escritor festivo. Otra observación: el mejor humanizado entre los tipos episódicos es *Nico* el pescador.

Es el lenguaje de Zunzunegui excelente instrumento de su humorismo: intelectualista a la vez que desenfadado y popular. En *La Ulcera* acredita de nuevo el autor su riqueza de vocabulario y su facilidad en el juego de imágenes. Zunzunegui gusta del neologismo, y tiene chispeantes aciertos. Pero ¿no hay patente violencia en la manufactura de verbos como «pavorealcar»?

M. F. A.

DEL SINARQUISMO MEJICANO

El antagonismo político que despierta en Méjico el movimiento sinarquista ha llevado a sus enemigos, mejor dotados económicamente, a escribir con tanta insistencia como falsedad a propósito de él. Hasta no hace mucho el libro de mayor volumen y difusión era una burda y continuada calumnia del refugiado español comunista, Mario Gil, bajo el señuelo de un título: *Sinarquismo*.

Sinarquismo: Contrarrevolución por su parte (1), escrito por un significado dirigente sinarquista, no lleva, claro es, mira tan tendenciosa, aunque la suya no sea voz oficial del movimiento, según informe de su autor, Juan Ignacio Padilla.

Más que historia, como dato histórico, el torbellino en que el autor vive es para todos una hendidura de observación que alcanza a manifestar tres rasgos importantes de la vida sinarquista.

La autenticidad del movimiento político se evidencia ante las masas que agrupa y ante su estilo eminentemente popular en distinción radical de los que creen poseerla con el politiqueo ateneísta o de café.

El sinarquismo—acéptesele o no—es un positivo hecho político. La sencillez y firmeza de su posición social, nacional y cristiana le imprimen un indudable signo antagónico para todas las fuerzas solapadas o abiertas del anti-Méjico. Su cálida acción marcha velozmente pisando riesgos, sacrificios y peligros, ofreciendo oportunidad de manifestación a muchas pasiones buenas y malas inmersas en ese torbellino del que indudablemente participa su autor.

Quiere la obra ser histórica: «el desenvolvimiento histórico» del sinarquismo. La tarea es difícil, porque—como dice el protagonista—Juan Ignacio Padilla está relatando hechos por él vividos en donde no tiene cabida la imparcialidad y, para colmo, al exponer los antecedentes del sinarquismo el autor enjuicia hechos históricos que no admiten conllevancia.

El movimiento cristero no puede ofrecer como único balance el haber sido página heroica, explosión de fe y manifestación de intensa espiritualidad: partidario o no de los arreglos que le pusieron fin, sin hacernos solidarios de los desmanes ni de algunas negativas consecuencias, Méjico le debe algo más.

Calles desguarneció zonas cristeras (Jalisco, etc.) para hacer frente a la rebelión a que por aquel entonces se lanzaron dos de sus principales generales en el norte del país; el movimiento se afianzó en algún territorio más; al principiar a ser un problema militar para el régimen, cesó el fuego. Desde entonces no han vuelto a surgir los Calles, y sus leyes persecutorias distan muchos de ostentar la más leve semejanza con la ley. Ellos ganaron la libertad de «facto» y «contra jure» de que actualmente se disfruta en Méjico. El Sinarquismo ha recogido la bandera religiosa que tremolara y, por medios cívicos, la de transformación municipal que fugazmente se incoó.

La historia no se escribe sustanciándola en puro subjetivismo,

(1) JUAN IGNACIO PADILLA: *Sinarquismo: Contrarrevolución*. México, 1948.

tanto más si el que la interpreta pretende llevar al lector por propios vericuetos anímicos, dejándole ignorante y dudoso de lo que indudablemente debió conocer. Colocado en tal tesitura es difícil situarse históricamente no como espectador, sino como protagonista, como sí lo lograra Bernal Díaz del Castillo. Juan Ignacio Padilla organiza un valiente y activo grupo en los albores del sinarquismo, cuya intención se frustra por falta de coordinación y órdenes superiores. Luego viene a coincidir con el fundador del sinarquismo, pero siempre reservándose un destacado papel en la ponderación del movimiento, salvando a Méjico—según él mismo se dice—de un golpe de mano comunista.

En la presente obra a ningún personaje se dedica mayor número de páginas que las que insertan la vida y milagros del propio autor. Cosa fácil ciertamente, pero que, en definitiva, no hacen sino convertir un abortado libro de historia en uno de memorias, pues es éste y no otro su valor ante la historia del Sinarquismo mejicano.

ENRIQUE MORFIN.

POLITICA, ECONOMIA Y HOMBRES DE LA ESPAÑA MODERNA

Bajo el ambicioso título anterior publicó A. Ramos Oliveira una obra en inglés (1). Por prestigio de español en el extranjero esperábamos de este autor un rigor intelectual muy marcado, pero desgraciadamente no ha ocurrido así. Aunque a continuación hacemos el estudio crítico de toda su obra, bástenos señalar como muestra de la endeblez de ella el qué entre los *hombres* de la España moderna no encuentra sitio, pues no los cita, para los miembros de la «generación del 98».

El trabajo se divide en una *Institución* y cuatro libros, titulados: *El fin de la Monarquía absoluta, La Restauración (1874-1931), La Geografía económica de España* y, por último, *La II República*, que ocupa él solo más de la mitad del volumen.

En la *Introducción* se muestra una interpretación de la Historia de España ya trasnochada, afirmando, por ejemplo, que nuestro país sufrió un defasaje con respecto a la cultura universal cuando implantó en el Renacimiento *prácticas medievales*, no pareciendo

(1) *Politics, economics and men of modern Spain, 1808-1946.* Trad. de Teener Hall, Víctor Gollanez Ltd., London, 1946, 720 págs. + 1 mapa, 30 s. Según *The American Economic Review*, vol. XXXVIII, núm. 3, junio 1948, pág. 462, se ha publicado por Crown Pubs., en New York, 1948, también con 720 págs.

que, según las noticias del autor, hayamos producido los españoles en los siglos XV, XVI y XVII más obra interesante que *Don Quijote.*

El Libro I, *El fin de la Monarquía absoluta,* contiene multitud de apreciaciones erróneas: así la sinopsis de la *Guerra Civil (1812-1945),* se basa en la alternativa existencia de trece subperíodos, que denomina *revolucionarios* y *contrarrevolucionarios,* fundamentándose exclusivamente en si se expropian o no los bienes religiosos, uniendo el auge de la agricultura a las situaciones *reaccionarias,* y el mercantil e industrial a las *progresivas.* Además sostiene en este libro cosas tan raras como la siguiente: «Uno de los factores decisivos—de los pronunciamientos—era la naturaleza *teocrática* (sic) de la Iglesia» (pág. 40).

El Libro II, *La Restauración,* se centra ya en lo que constituye el *leit-motiv* de su obra: la salvación de España se encuentra en la Reforma Agraria, tomada ésta además en el sentido de hacer una redistribución de la propiedad. Mezcla esto—que ya es una inexactitud—con otras cuestiones, contenidas, por ejemplo, en la página 132, al estudiar quiénes eran los puntales del proteccionismo. Desarrolla asimismo una historia de las luchas políticas y de los partidos proletarios—dando una enorme importancia a Pablo Iglesias, a través de cuyos escritos se deduce que en realidad no fué más que un resentido y un anticlerical, sin valor intelectual alguno—, siendo de importancia señalar lo que afirma Ramos Oliveira de que el Partido Socialista Español, al contrario que los otros de la II Internacional, nunca se opuso al bolchevismo ruso, llegando incluso a estar a punto de ingresar en la *Komintern,* explicándose así muchas cosas; creemos no ha sido nunca suficientemente señalado este hecho.

Termina el libro con la caída de la Monarquía, señalando, dentro de la obsesión agrícola que preside la obra, que en casa de Marañón un propietario agrícola, Romanones, entregaba el poder a otro, Alcalá Zamora.

Por nuestra especialización miramos con especial cuidado el Libro III, titulado *La Geografía económica de España.* Aquí los errores adquieren ya categoría de garrafales, pues las otras afirmaciones son de índole cultural o social y de más insegura valoración, pero en el terreno económico las equivocaciones no tienen disculpa. Seguiremos el orden en que aparecen publicadas en el volumen.

En las páginas 211 a 215 afirma que el porvenir de España está en la industria, pues con el cálculo más optimista que conozco afirma que nuestro país tiene grandes cantidades de los siguientes productos: plomo, plata, cobre, hierro, mercurio, piedras variadas, toda clase de sustancias químicas en mayor o menor cantidad, sales

minerales, carbón de hulla «en fabulosas cantidades», lignito y energía hidroeléctrica. Cualquier mediano conocedor de nuestra economía sabe que somos deficitarios de plata, cobre, carbón de hulla y gasolina, a cuya producción pensaba dedicar nuestros lignitos.

Se refiere—cómo no—al problema agrario, tratando de demostrar en los apartados titulados *La posesión de la tierra en España* y *El campesino sin tierras* que la solución se encuentra en una mera distribución de la propiedad, pese a que es cosa sabida que la base de toda nuestra cuestión agraria es la baja productividad de nuestro territorio, sea por razones estructurales o infraestructurales. De todo ello saca partido para atacar con lenguaje francamente soez —véase, por ejemplo, la página 231—a los grandes terratenientes, y por extensión a toda la aristocracia española, lo que con el más favorable de los juicios sólo podemos decir que es poco serio en un libro de tan pretendida altura científica. Algo más adelante, página 240, llega al límite del ridículo cuando dice que la causa de la Guerra de Liberación fué el que los terratenientes, los *rentistas*, no quisieron pagar el impuesto sobre sus rentas.

Numerosos errores aparecen en esta parte cuando habla de nuestra economía industrial; así, al referirse a la industria pesada, no ve ninguna crisis en cuanto al suministro de buenas calidades de mineral de hierro, y al considerar la industrial textil pide, en la página 246, se base en el algodón nacional, que pretende produzcamos en la cuantía necesaria para nuestro autoabastecimiento. Silencia, además, todas las ventajas que logró el actual régimen en el terreno económico, deteniendo las cifras en los tiempos de la República si después de 1939 alcanzan un mayor volumen. Así ocurre, por ejemplo, con el carbón, del que se obtienen 12 millones de toneladas, registrando Ramos Oliveira siete solamente, conseguidas en 1933.

Concluye esta parte relativa a la *Geografía económica de España* con unas referencias a que nuestra economía se encuentra controlada—página 254—por los Bancos Urquijo, Bilbao, Vizcaya y Herrero, y a la parte fundamental que jugaron los truts internacionales en la caída del régimen republicano. Sin comentarios.

El Libro IV, titulado *La II República*, muestra un carácter aún más sectario, pero de todas maneras, en el capítulo XIII, que debería consistir en una exposición de las maravillas conseguidas por la República, no habla más que de los *chibiris* y de ciertas vacilantes medidas de política económica que no se llevaron a la práctica de forma total. Los capítulos XVIII a XXIV están dedicados al Movimiento Nacional, justificando el asesinato de Calvo Sotelo en la página 547, recalcando el apoyo de Portugal, Italia y Alemania a las

tropas nacionales, y desvirtuando de tal manera los hechos que, al no mostrar más que éxitos de las fuerzas rojas y fracasos de las nacionales, resulta muy difícil explicarse la victoria de éstas.

Un último capítulo, el XXV, lleva por título *El Estado Falangista,* y en él se vierten los más manidos tópicos y las acusaciones más sin fundamento. Termina, y con él la obra, hablando de la próxima desaparición del Caudillo—escribía en 1946—en la rectoría de la nación española. Si como autor de solvencia científica no alcanza Ramos Oliveira la menor altura, tampoco la consigue como profeta.

JUAN VELARDE FUERTES.

MISION DE LA UNIVERSIDAD

En un momento en que el mundo se encuentra en una de sus más trágicas encrucijadas, parece ser conveniente ver la repercusión que tal sístole histórica tiene sobre la Universidad. Entre los muchos textos que sobre el tema se han publicado, es peculiar de determinada mentalidad el del profesor Juan B. Kouri (1), que pretende hacer una revisión de lo que la Universidad y el saber han sido, son y serán.

En su exposición pueden verse tres partes, estrechamente enlazadas. La primera sería la crítica de la Universidad pre-democrática, «cuando la Universidad estaba al servicio de la Monarquía y no al servicio del pueblo». Agradecería muchísimo al profesor Juan B. Kouri especificase tales dos momentos, ya que así la Historiografía se modificaría con nuevo giro copernicano. Decir que la Universidad sirvió a los monarcas suena a algo parecido a decir que la policía norteamericana sirve a los fines particulares del Presidente de los Estados Unidos. Y en cuanto a que está al servicio del pueblo, actualmente lo niega el mismo pedagogo: «La enseñanza no ha aprendido aún a formar hombres y pueblos.» Entonces resultará que hoy no hace ni una ni otra cosa, es decir, parece entreverarse que no hace nada.

La visión que intercala de la antigüedad y de Europa hasta el Renacimiento adolece de una ligereza sólo explicable por la falta de conocimiento del tema tratado. Parece como que los hombres *creían en el geocentrismo por gusto.*

Una segunda parte podría ser aquellos párrafos en que explana su personal concepción del mundo y de la vida. Reduciendo el hom-

(1) JUAN B. KOURI: *La Universidad en la encrucijada.* «Universidad de La Habana». La Habana, 1948. Págs. 3-33.

bre «a neuronas y fibras», expone un materialismo ingenuo que Europa ya repudió por infantil desde los tiempos del barón D'Holbach.

Una tercera parte, ya no introductoria, es cuando plantea concretamente lo que la Universidad es y lo que debe ser. Reiterativamente recalca que se refiere exclusivamente «a la Universidad en las democracias», pero esto mismo le hace caer en una confusión. Y es que los defectos que señala a la educación cubana (imposición de libros de texto, memorialismo, rutinarismo, etc.) los hace extensivos a todas las democracias, olvidando, por ejemplo, la educación inglesa, diametralmente opuesta.

Justifica tal defecto de las Universidades democráticas con que «el sufragio universal no ha tenido tiempo para rendir sus frutos óptimos». Ante tal afirmación sólo cabe decir que ya va para largo.

Las funciones que asigna a la Universidad son *de difusión* (terrible ataque a los minoritarismos, sin pensar en que, esencialmente, la Universidad es minoritaria), *de orientación* (se repite la metáfora del faro de los pueblos, tan usada en la Edad Media), *de intercambio* (conocimiento internacional), *de aplicación* (se nos advierte que ha de enseñar cosas prácticas) y, como primordial, la *docente* (con lo que reconoce que, de hecho, «se transforma en fábrica de títulos»).

En la encrucijada actual, prosigue, la Universidad ha de ser quien oriente al mundo. Esto lo dijo, entre otros, hace ya bastantes años, Heidegger, pero lo que el profesor Juan B. Kouri añade es que ha de ser la Universidad cubana, situada en «el mediterráneo del mundo actual». «Nadie mejor que el cubano para llevar a cabo tal empresa.» Este optimismo tan fundamentado hace olvidar los lapsus del ensayo, pues es una muestra eficiente de patriotismo pedagógico.

C. L. C.

MENENDEZ PELAYO Y LA FILOSOFIA ESPAÑOLA

La polémica en que en la juventud de su propia vida se vió envuelto don Marcelino acerca de la existencia o inexistencia de una corriente espiritual determinada capaz de verse reconocida sin embajes como verdadera filosofía española, constituye nada más que un instante, un mero episodio concreto de cierto estado de ánimo general y difuso cuyos rasgos distintivos los podemos percibir todavía, a poco que fijemos la atención, en sectores muy caracterizados del ambiente español. Aun hoy día, en efecto, preocupa la cuestión

de si la nación española ha llegado a producir una auténtica filosofía. Para qué decir que las respuestas ofrecen la más grande variedad. Por eso, precisamente, para lograr adquirir ideas claras sobre este asunto, conviene enterarnos de la actitud asumida acerca de él por el gran polígrafo, y que el R. P. Joaquín Iriarte, S. J., recoge en las páginas de la obra con cuyo título encabezamos estas líneas (1).

No queremos decir con ello—conviene advertirlo desde luego—que nos sintamos identificados con el ángulo de visión de don Marcelino, porque creemos honradamente que deja mucho que desear, sino solamente que, en los numerosos textos suyos que el P. Iriarte trae a colación, se encontrarán interesantes sugerencias capaces de ensanchar considerablemente los horizontes de nuestra propia visión. Es natural, don Marcelino no fué en sentido estricto ni tampoco quiso ser, porque no era esa la misión que el dedo de Dios le tenía destinado, lo que se llama un filósofo. Fué ante todo y sobre todo un enamorado incomparable de las glorias de su patria, y como su excepcional sagacidad le hacía ver que en la raíz de todas ellas estaba latente un concepto absolutamente único de la vida humana, quiso buscar su manifestación explícita en el orden de la ciencia y lo encontró en la Teología. Por eso los filósofos que en la mayoría de los casos cita Menéndez y Pelayo son, ante todo, teólogos, y es esta circunstancia la que, a nuestro juicio, debía haber sido puesta más de manifiesto por las consecuencias que implica, consecuencias que tampoco en nuestros días han sabido aquilatar ciertos espíritus ligeros que creen haber descubierto un mundo nuevo cuando lanzan el infundio de que en España no existe tradición filosófica. Quien esto escribe lo ha oído de primera mano el año pasado en Santander.

Es que la explicación superficial de un fenómeno cualquiera resulta siempre de todas la más fácil, y por lo mismo ha de ser la que casi siempre cuente con mayor número de partidarios. Eso es lo que ha acontecido en nuestro caso, con tanto mayor motivo cuanto que para llegar a su interpretación verdadera y esencial se requerían y requieren dos cosas por lo menos: primero, cierto conocimiento de lo que es la teología y de sus propiedades características, así como de las relaciones que ha de guardar de suyo con las actividades de índole ontológica; y luego, cierta visión de esas de conjunto, que en nuestros días y por obra y gracia de los extremos a que nos ha traído la especialización exasperada, sólo pueden conseguirse tras largos esfuerzos que, generalmente, no se pueden ni se quieren realizar. Pues bien, cuando se dice que España no cuenta con un movimiento verdade-

(1) Joaquín Iriarte, S. J.: *Menéndez Pelayo y la Filosofía española*. Editorial «Razón y Fe». Madrid, 1948.

ramente filosófico en el curso de su historia porque hasta mediados del pasado siglo, por lo menos, no puede presentar un filósofo exclusivamente tal, se incurre en un vulgar sofisma, confundiéndose dos cosas tan distintas como lo son entre sí el sentido afirmativo y el sentido exclusivo; o sea, para ir a nuestro caso, el filósofo *puro* con el *filósofo*, así, a secas. De suerte que, sin reñir con la verdad, no podrá negarse sino que en España haya habido movimiento filosófico exclusivamente tal, lo cual tampoco tiene por qué llamar demasiado la atención cuando se nos ofrece como característica constante de la gran Escolástica medieval. No hallaremos, en efecto, uno sólo de los escolásticos de la Edad Media que ante todo y sobre todo no haya sido teólogo, comenzando, sin ir más lejos, por el propio Santo Tomás.

Lo que urgía entonces y sigue rigiendo ahora es examinar con atención las causas esenciales de esa inevitable o casi inevitable conjugación de la Teología con la filosofía en el panorama intelectual español, problema que Menéndez y Pelayo deja totalmente de mano, y que, ahora como entonces, requiere pronta solución por el hecho de que ella puede facilitar una comprensión más exacta del acervo espiritual hispánico, cerrando el camino a ciertas actitudes que tienen más de ligeras que de científicas. Además, es preciso insistir una y otra vez en el hecho de que los grandes teólogos españoles son, en su inmensa mayoría, teólogos escolásticos, y que, en su precisa condición de tales, no pueden ni podrían jamás haberlo sido de no hallarse dotados de temperamento, aptitudes y cultura filosóficos verdaderamente excepcionales. Por lo cual resulta infantil a todas luces incluso el regatear categoría filosófica a los escolásticos españoles so pretexto de que fueron teólogos pero no filósofos. Quienes piensan de este modo ignoran desde luego, además de muchas otras cosas, la subordinación, extrínseca por cierto pero no por esto menos efectiva, en que ha de mantenerse siempre la filosofía respecto de la Teología por el hecho de que en el razonamiento o silogismo teológico la premisa menor es de razón natural, y luego, por la recurrencia misma por parte de la Teología a procedimiento, como el raciocinio, que son, en último término, de tipo filosófico.

Una última observación encaminada al problema de la originalidad en filosofía.

Lo más importante en el campo de las ciencias en general viene a ser, al fin de cuentas, no la originalidad, sino simplemente la verdad. Con todo, cuando se trata de las ciencias físicas, en las cuales, por motivos que no es ahora del caso analizar, se ofrece amplio margen a la inducción, la originalidad puede adquirir importancia extraordinaria por el hecho de que las investigaciones de este tipo se

asemejan fuertemente a la actividad poética o creadora. En cambio, en el caso de la metafísica y de las actividades filosóficas en general, la acción del objeto sobre la propia labor científica se deja sentir con intensidad mucho mayor, porque en este caso está ya más *constituído*, más *estructurado*, donde proviene que deje menos campo de elección a las iniciativas del sujeto. Sin embargo, queda todavía para ellas un lugar referente a la fuerza intensiva con que pueda explorarse el propio objeto, por lo cual podrán darse acerca de él puntos de vista diferentes y variados, si bien no contrapuestos. Por tal razón, habrá siempre de resultar difícil aquilatar la originalidad de un teólogo que, por su carácter de escolástico, haya de ser además un metafísico, como no se recurra a la coherencia o consecuencia intrínseca de sus elucubraciones. Y a propósito de don Marcelino, diremos entonces que tanta originalidad puede haber en *prolongar* en línea recta a Santo Tomás como en separarse de él, porque también en el primer caso se hace necesario el compenetrarse con su espíritu o, en otras palabras, el haberlo pensado por cuenta propia. Por eso, la facilidad con que Menéndez y Pelayo decide estas cuestiones resulta un tanto ingenua y candorosa, tan propia, por lo demás, de los pocos años con que contaba en los días de la polémica como impropia para erigirla en norma segura de apreciaciones. La locución *no separarse de Santo Tomás* resulta, pues, a todas luces ambigua, porque puede aplicarse tanto a la mera repetición como a la efectiva prolongación en línea recta de las doctrinas del Doctor Angélico.

Estamos seguros de que el P. Iriarte enfocará estos problemas que aquí no hemos hecho más que insinuar, en alguno de los tres futuros volúmenes de su obra sobre la Filosofía española.

OSVALDO LIRA, SS. CC.

TEOLOGIA NATURAL

Angel González Alvarez es uno de los intelectuales españoles que con más constante y limpia dedicación filosófica trabajan por encauzar el pensar filosófico dentro del rigor y las exigencias del más perfecto trabajo científico. La reacción en contra del ensayismo y la superficialidad, patente en la generalidad de la juventud intelectual española, ha encontrado en Angel González Alvarez uno de sus más destacados estudiosos, cuyas obras forman ya colección maestra.

Catedrático de Instituto en el año 1943 y doctor en Filosofía en 1944, se dió a conocer en este mismo año por su curso de *Teodicea*

en la Universidad de Madrid y por su Tesis Doctrinal, publicada con el título *El tema de Dios en la Filosofía existencial* (Madrid, 1945). En 1946 obtuvo por oposición la cátedra de Metafísica de la Universidad de Murcia, habiendo sido nombrado con anterioridad colaborador del Instituto «Luis Vives», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el cual dirigió un interesante Seminario sobre «el punto de partida de la Metafísica». En la actualidad está propuesto para profesor extraordinario de la Universidad Pontificia de Salamanca, y colabora en la Universidad Internacional de Santander, en cuyos cursos de verano de 1948 dictó una brillante serie de conferencias sobre Antropología filosófica.

Su actividad incesante procurando elevar y mejorar el ambiente cultural y filosófico en España se ha intensificado constantemente. Una muestra son sus aportaciones y brillante actuación en diversos Congresos, Asambleas y Conversaciones, como en el Congreso Universitario de Friburgo, en 1945; en el Congreso de Pax Romana en Salamanca, en 1946; en el Congreso Internacional de Filosofía en Roma, en 1947; y en el de Barcelona, en 1948, en el que presidió la Sección de Metafísica. Está invitado a asistir al Congreso Internacional Argentino de Filosofía, en Mendoza, en el presente año; y es miembro del Comité Ejecutivo y preside la Sección de «Fundamentos filosóficos y teológicos de la Educación» en el próximo Congreso Internacional de Pedagogía, que se celebrará en Santander (España) en el próximo mes de julio.

Asimismo está invitado a pronunciar una conferencia sobre *Las bases metafísicas de la educación* en el I Congreso Interiberoamericano de Educación, que se celebrará en el próximo mes de octubre en Madrid.

Entre sus publicaciones, además de la ya indicada, destacan sus ensayos y artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras, como «La vía de acceso a la Metafísica», *Giornale di Metafisica* (Brescia, 1948); «El concepto balmesiano de Metafísica», *Rev. de F.ª*, 27 (Madrid, 1948); «El principio fundamental de la Metodología», *Revista Española de Pedagogía* (Madrid, 1947); la «Posibilidad de la Teodicea como ciencia», *Rev. de F.ª*, 25 (Madrid, 1948); «La persona humana ante el Estado, según Santo Tomás», *Arbor*, 8 (Madrid, 1945); «Kierkegaard y el existencialismo», *Cisneros*, 11 (Madrid, 1946); así como dos libros titulados «El problema de la posibilidad de la Metafísica» (Murcia, 1946) y una «Historia de la Filosofía» (Madrid, 1946).

Pero todos estos trabajos se han visto superados por su última obra, que, con el título de *Teología natural* (Madrid, 1949), 570 pá-

ginas, constituye una verdadera obra maestra por el rigor, la técnica precisa, el dominio de la materia y el amplio conocimiento de las modernas corrientes filosóficas que demuestra.

En una reciente interviú a que fué sometido *(Incunable*, Salamanca, enero 1949), al ser preguntado acerca de cuáles son las directrices fundamentales de la filosofía española actual, señaló las siguientes: 1), el raciovitalismo; 2), el existencialismo; 3), el escolasticismo abierto a las corrientes vitalista y axiológica de los comienzos de siglo; 4), el suarismo puro; 5), el suarismo en vivo contacto con el existencialismo jaspersiano; 6), el franciscanismo; y 7), el tomismo.

De entre estas siete corrientes, Angel González Alvarez pertenece a la que él mismo colocó la 7.ª, el tomismo, del cual la presente «Teología natural» es una brillante muestra.

Tras las «Cuestiones proemiales» estudia las dos clásicas partes de la Teología natural, «La existencia de Dios» y «La esencia y los atributos de Dios». En las Cuestiones proemiales plantea la polarización de la Teología natural o Teodicea, buscando la raíz más profunda de su definición en el tomismo vivo del corte del Cardenal Cayetano; el sentido de la posibilidad de la Teodicea y el método a emplear en la misma.

En la primera parte, «La existencia de Dios», estudia, en primer lugar, revisando y analizando las principales posturas históricas, la necesidad, posibilidad y las bases noéticas de la demostrabilidad de Dios, aceptando la tesis tomista de la necesidad de la demostración metafísica «a posteriori», fundamentada en el valor metafísico de la causalidad eficiente, tras lo cual examina minuciosamente los argumentos apriorísticos. A continuación desarrolla el proceso histórico de la elaboración de las pruebas de la existencia de Dios hasta la sistematización tomista, pasando seguidamente a efectuar una acertada y fundamentada exposición de los argumentos «a posteriori» centrados en las cinco vías, complementadas por su proceso histórico hasta el presente.

La segunda parte, de «La esencia y los atributos de Dios», constituye la continuación de la argumentación metafísica conducente al conocimiento de Dios. El problema de la cognoscibilidad de Dios es resuelto según la naturaleza de las facultades cognoscitivas humanas, lo cual permite al autor plantear cuál será el constitutivo formal de Dios, tema al que da solución señalando como tal el *ipsum esse subsistens*.

Seguidamente pasa a estudiar los atributos de Dios, tanto entitativos como operativos. Entre los primeros, la simplicidad, la perfec-

ción y la bondad, la infinitud, inmensidad y omnipresencia, la inmutabilidad y eternidad, la unicidad y la trascendencia de Dios. Y entre los operativos, el entender divino, el querer divino y el poder divino.

De esta obra, cuyas tesis y desarrollo en concreto no puedo analizar por la gran amplitud de la materia, es de destacar el criterio amplio con que, desde una postura filosófica determinada, se examina y centra toda la filosofía, teniendo siempre en cuenta los hitos históricos fundamentales y las corrientes palpitantes hoy día.

El tomismo español ha recibido realmente un vigoroso renuevo, por el cual es imprescindible hoy día el tomarlo en cuenta, ya que se presenta precisamente en esta obra, con lo que el mismo Santo Tomás realizó como innovador filosófico, comprensión filosófica del momento presente. Esta tarea es de esperar también la ultime Angel González Alvarez en su futura *Antropología*, a cuya realización está dedicado, y cuyas líneas generales ya desarrolló en su curso de la Universidad Internacional de Santander en 1948.

CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO.

UN LIBRO MEJICANO SOBRE PERIODISMO

El chiapaneco Julio A. Farias acaba de publicar un libro, patrocinado por la Secretaría particular de la Presidencia de la República, en el cual, bajo el título *Periódico, periodistas, periodismo,* hace una abundante recopilación acerca de todo lo que se ha escrito en Méjico relacionado con el periodismo.

Julio A. Farias ha dirigido los siguientes periódicos: *El Sur,* de Méjico; *El Fronterizo,* de Tapachula; *Chiapas Nuevo, El Heraldo* y *El Informador,* en Tuxla Gutiérrez. Ha sido secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa durante el período 1942-1947 y jefe del Departamento de Prensa del Gobierno de Estado.

A manera de prólogo se insertan dos importantes discursos del presidente Alemán referentes al tema. En el libro se incluyen artículos relativos a diferentes problemas periodísticos suscritos por los más notables periodistas de Méjico: Héctor Pérez Martínez, Raúl Noriega, Martín Luis Guzmán, Félix Fulgencio Palavicini, Antonio Ancora Albertos, Leopoldo Ramos, José C. Valadés, Salvador Novo, Miguel Alessio Robles, José Martínez de la Vega, etc. También se incluyen algunas anécdotas, el Decálogo del periodista y el Código de honor de la Prensa de América, aprobado por el II Congreso

Panamericano de Prensa, celebrado en La Habana, y la resolución que sobre la libertad de información aprobó la Organización de las Naciones Unidas.

Capítulos importantes son los que se refieren a la libertad de expresión, ética periodística, reglamentación de la profesión, misión de la Prensa, etc. Muchos capítulos son artículos y estudios publicados en Méjico y otros países de América y Europa.

J. L. C. P.

LA PRIMERA GRAMATICA QUICHUA

A muchos podrá parecer completamente extemporánea la idea de reeditar con intención, no sabemos hasta qué punto divulgadora, una obra que yacía relegada en el olvido de los archivos de nuestra Biblioteca Nacional, quedando, si acaso, para uso exclusivo de filólogos y eruditos que, por su contado número, podían muy bien ir allí a consultarla. Pero todo lo que tienda a facilitar la labor investigadora de las personas dedicadas a ella, dilatándola en el tiempo y en el espacio, así como cuanto suponga desempolvar y sacar a luz obras que en su día tuvieron enorme trascendencia para el desenvolvimiento de la cultura de cualquier país, debe ser siempre bien acogido y estimado en su justo valor, máxime cuando, como ocurre en este caso, la obra en cuestión une a su significación puramente cultural un acusado matiz de trascendencia histórica íntimamente ligado a algo tan sustancial a toda nuestra política expansionista y conquistadora del Siglo de Oro: la evangelización de un nuevo mundo.

Que no es otro el significado y el auténtico valor de esta publicación del Instituto Histórico Dominicano de que vamos a ocuparnos (1). Porque con mucha frecuencia, y hoy más que nunca, gustamos de evocar nuestro pasado, haciéndolo, empero, de un modo intrascendente y superficial que rara vez valora el detalle y profundiza en el significado de las cosas. Y así, en lo que concretamente se refiere a nuestra labor misionera en América y el benemérito esfuerzo que supuso en quienes la realizaron, pocas personas se habrán parado a pensar en la importancia verdaderamente excepcional de una de las dificultades mayores y más difíciles de resolver con la que tropezaron desde un principio los misioneros y que pervivió durante mucho tiempo, aun después de consolidada la conquis-

(1) *La primera Gramática Quinchua*, escrita por Fr. Domingo de Santo Tomás, O. P. Publicada en Valladolid en 1560. Introducción de Fr. José María Vargas, O. P. Instituto Histórico Dominicano. Quito (Ecuador), 1947. 160 págs.

ta : el idioma nativo de los naturales, para cuyo aprendizaje no existía el menor instrumento idóneo y análogo a los de las lenguas de los otros países.

Leyendo esta *Gramática Quichua* de Fr. Domingo de Santo Tomás, y en especial la magnífica y documentada introducción que le ha puesto Fr. José M.ª Vargas, se comprende perfectamente lo que veníamos diciendo y se da uno cuenta de la trascendencia política, colonizadora y religiosa que tuvo, convirtiéndose en un instrumento de trabajo indispensable para gobernantes y predicadores misioneros, fundamentalmente estos últimos, más en contacto íntimo con los naturales, a cuya comprensión tenían que llevar las verdades del Evangelio, razón última y definitiva de la conquista.

«Gramática o Arte de la lengua general de los indios de los Reynos del Perú», reza el título original de la obra conservada en nuestra Biblioteca Nacional de Madrid, de donde se ha reproducido la presente edición ecuatoriana con toda fidelidad, incluso respetando su ortografía, salvo en lo referente a la contracción de sílabas, para lo que no está capacitada la tipografía moderna. Y en cuanto a la intención de su autor al escribirla, obedeció a un doble móvil de inspiración, que aparecen magistralmente expuestos en la dedicatoria del libro al rey Felipe II :

«Considerando... que en quinze años continuos que estuve en los grandes Reynos del Perú, avía alcanzado la noticia de la lengua general dellos : y que sería digno de reprehensión con el mal siervo : que el talento que rescibió de su Señor, lo había tenido escondido... Luego comencé a tratar de reducir aquella lengua a Arte, para que no solamente yo pudiese en ella aprovechar, en aquella nueva iglesia, enseñando y predicando el Evangelio a los Indios, pero otros muchos, que por la dificultad de aprenderla, no emprendían tan apostólica obra : viéndola ya en arte : y que fácilmente se podía saber, se animasen a ello, y con facilidad la aprendiesen, como se comenzó a hazer... Mi intento pues principal S. M. ofresceros este Artezillo ha sido, para que por el veays muy clara y manifiestamente, cuán falso es lo que muchos os han querido persuadir, ser los naturales de los reynos del Perú bárbaros, e indignos de ser tratados con la suavidad y libertad que los demás vassallos vuestros lo son. Lo cual claramente conoscerá V. M. ser falso si viere por este Arte, la gran policía que esta lengua tiene, la abundancia de vocablos, la conveniencia que tienen con las cosas que significan. Las maneras diversas y curiosas de hablar. El suave y buen sonido al oydo de la pronunciación della, la facilidad para escrivirse con nuestros caracteres y Letras. Quán fácil y dulce sea a la pronunciación

de nuestra lengua, el estar ordenada y adornada con propiedad de declinación, y demás propiedades del nombre, modos, tiempos y personas del verbo. Y brevemente en muchas cosas y maneras de hablar, tan conforme a la latina y española: y en el arte y artificio della, que no paresce sino que fué un pronóstico, que Españoles la havían de poseer...»

Esta obra de Fr. Domingo de Santo Tomás fué el texto que se utilizó en la enseñanza y aprendizaje del Quichua—nombre dado desde entonces a lo que anteriormente se había llamado «Lengua del Inca»—durante la segunda mitad del siglo XVI, y aunque desde principios del XVII se generalizó el uso de la del P. Holguín, en la práctica siguió perdurando el aspecto de apostolado con que compuso la suya Fr. Domingo de Santo Tomás, pues, como observa certeramente el P. Vargas, en la introducción antes citada, «antes que predicadores elegantes los indios necesitaban la sencillez evangélica expuesta al alcance corto de su capacidad».

JOSÉ MANUEL VIVANCO.

BIBLIOGRAFIA MEJICANA (1)

El Boletín Mensual publicado por una librería mejicana nos pone al corriente del movimiento editorial en Méjico en el mes de diciembre del pasado año 1948. Según los datos que suministra, la ordenación de las diversas materias de mayor a menor número de títulos, viene dada así: Historia y Biografía (20), Literatura (16), Ciencias Políticas, Económicas y Sociales (13), Bellas Artes (8), Ciencias Aplicadas (5), Viajes (2) y Religión (1). Como es lógico pensar que en las ediciones se tiene en cuenta el interés del público lector, hay que destacar la marcada demanda de obras de tipo histórico y el declive acusadísimo de las de carácter religioso.

También pueden sacarse consecuencias de la amplia lista de libros recibidos. Entre un número global de 387, llegan a 126 los salidos de prensas españolas. Por lo que concierne a revistas, cuatro de las seis citadas son igualmente españolas: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, «Mundo Hispánico», «Revista de Estudios Políticos» y «Revista de Indias». Ello habla bien alto del prestigio alcanzado por la cultura española más allá de nuestra frontera.

Figuran también en la publicación artículos sobre Menéndez Pelayo y Luis G. de Urbina, y una sección de crítica de libros.

(1) *Boletín Bibliográfico Mexicano*. Librería de Porrúa Hermanos y Cía. México, D. F. Noviembre-diciembre 1948. 59 págs.

Alguna vez hemos insistido en la utilidad de publicaciones del tipo de la que comentamos en orden a una total puesta a punto bibliográfica.

JUAN SÁNCHEZ MONTES.

VERDAD Y MENTIRA DE DALI

Va siendo hora de que a la obra del pintor Salvador Dalí se la mire con un poco de detenimiento. Dejando a un lado todo lo que la entorpezca, abandonando todo este cúmulo, este tremendo bagaje de anécdotas, que de poco sirven porque todas ellas están fuera de la verdad del artista. Pasó ya la época de Dalí, «enfant terrible». Dalí, hoy, representa algo en el actual panorama pictórico. Se afianzó en una escuela, en un estilo y ha trabajado con tesón, con voluntad. Sus resultados, sus obras están ahí. En su reciente viaje, que aclaró muchas cosas, dijo que consideraba finalizada la primera etapa de su obra. Lo que sea, sonará. No sabemos lo que va a suceder. Ahora bien, lo que se necesita es estudiar lo que él llama su primera etapa. Sin preocuparse mucho del Dalí hombre—la mentira—. Sólo lo necesario, lo imprescindible. Pero sí estudiar ahincadamente al Dalí artista—la verdad.

Parece ser que se están preparando varios libros. Hasta ahora sólo se ha publicado uno, con un título sugestivo y atravente (1). Es un libro interesante, escrito con soltura, que denota una gran agilidad. Una agilidad espectacular y brillante, de buen malabarista. Porque esto es lo que nos sugiere el ensayo. Una ágil pirueta intelectual, para llegar a unas conclusiones que consideramos algo atrevidas, pero de un interés extraordinario. Es un libro combativo, espectacular, penetrante. Y, por encima de todo, sugerente. En cada página van saltando sugerencias y se necesitaría mucho espacio para irlas desgranando. Queremos comentar sólo un punto decisivo y fundamental del ensayo.

El autor, en sus dos primeros capítulos—*Acerca de la biografía, Acerca del psicoanálisis*—hace un análisis psicológico de Dalí para intentar el hallazgo de su secreto. Después de una serie de agudas observaciones acerca de distintos aspectos de la vida de Dalí, llega a su secreto. Copiamos textualmente: «He aquí, pues, nuestro balance: la sinceridad le obligaría a presentarse corto de ortografía, corto de matemáticas, corto de inglés y corto de...; no quiero hablaros de un capítulo delicadísimo que me venía a los labios. Os

(1) DR. A. ORIOL ANGUERA: *Mentira y verdad de Salvador Dalí*. Ediciones Cobalto, Barcelona, 1948. 67 págs. + XLVIII de láminas.

ruego que, armados con esta ganzúa, leáis ahora su *Vida secreta* con todo detenimiento. Es posible que se os haga transparente como a mí un problema que de buenas a primeras pudo semejaros oscuro.

Me refiero a su vida sexual. Tened la seguridad de que el secreto más secreto de la vida de Dalí lo tiene guardado Gala, y lo tiene precisamente entre sus recuerdos de erótica *no consumada*.

Dios sabe hasta qué punto ésta fué la palanca que le permitió gobernar a Dalí en todo momento y como nadie. Ella, y sólo ella, llegó a saberlo. El caso es que Dalí se nos presenta constantemente como disfrazado de un *sexual* que no alcanza a complacerse ni a complacer a sus amantes.

Y acaso dije demasiado.

Esto requiere un estudio biológico profundo que no desdeñamos realizar en otra ocasión.» Págs. 15-16.

Si en algo discrepamos del autor es precisamente en este punto. En este deseo de buscar una explicación, de encontrar una clave que nos revele todo el secreto de Dalí por el camino del psicoanálisis. Muy bien que se sirva de este procedimiento como ayuda para aclararle ciertos aspectos. Pero centrar todo el problema en torno a estos complicadísimos complejos es como buscar tres pies al gato. Porque el autor olvida ciertos aspectos del ambiente en que se movió Dalí, que pueden aclarar muchas cosas. Concretamente: el paisaje de Cadaqués y de Port Ligat. Ni en uno solo de los cuadros pintados por Dalí deja de aparecer una alusión a la inmensidad geológica del Cabo de Creus, a esta agua de mar que queda entre las rocas de Port Lligat—después de un temporal—y que va pudriéndose lentamente y, sobre todo, el impresionante paisaje de Cadaqués. Todo esto gravita y pesa en todas sus telas como una pesadilla. Y, precisamente, en un estudio psicológico de Dalí no puede olvidarse. El paisaje citado es una de las claves de la vida de Dalí.

Por otra parte, no creemos necesario que haya de llegarse a los extremos que llega el doctor Oriol Anguera para comprender a Dalí. Se le da demasiada importancia al hombre. No nos cansaremos de repetirlo. Dalí es mucho más sencillo, más claro. Como muy bien ha visto el autor, en él hay una cantidad de farsa extraordinaria. Todo este gran teatro daliniano está servido por una inteligencia clarísima porque, de lo contrario, sería imposible aguantar tal fachada. Dalí es un hombre inteligentísimo, un gran socarrón, perfectamente sano. Seguramente que si en él hubieran tantos «complejos» como se apuntan en el libro, no se habría comportado como lo ha hecho. En su vida todo es tan exacto, tan calculado, se va desarrollando con una regularidad tan matemática, que hay que pensar que Dalí es un

actor de primer orden. Hombre que se trazó un camino, que lo ha seguido con tenacidad adornándolo de toda clase de recursos.

El doctor Oriol Anguera dice más adelante, insistiendo en el secreto: «Y ahora resulta que, como Gala ha descubierto su íntimo secreto, ha sido él (Dalí) el que ha perecido. Dalí ha muerto. No le queda más que una solución: renacer, renacer con Gala. Pero puesto que ella tiene el secreto, ya no es un secreto. O, en todo caso, son dos almas que viven amparadas bajo techo de un mismo secreto. Mejor diría son dos almas que viven conjuntamente y a perennidad por obra y gracia de un secreto... hecho comunión.

»Para el biólogo—y tal vez ya todos lo adiviináis—es un secreto a voces. Urge que ahora desenmascaremos al autor: el verdadero secreto, Dalí no tuvo valor para confesarlo pese a que por todo el libro asoma una impúdica confesión... aparente. A veces, cochambroso. Siempre insano. Recursos freudianos puestos al servicio de su disfraz.

»Pero, digámoslo de una vez, con una superlativa malicia se guarda siempre para sí el secreto auténtico, el secreto de Dalí. O, mejor dicho, de este cuerpo teralológico que podría llamarse de ahora en adelante: DALIGALA.

»De lo que estamos muy seguros es de si sería más adecuado denominar GALADALI a este paradigna de *sexualidad enfermiza y no consumada.*

»Lo veremos mejor otro día. Queremos, a su debido tiempo, responsabilizarnos ante el caso Dalí, pero queremos hacerlo con plenitud de argumentos. Hoy no podríamos esgrimir, todavía, los triunfos necesarios para ganar la partida.» Pág. 27.

Esperaremos con interés este estudio que nos promete el autor. Entonces, cuando «esgrima los triunfos», quizá nos convenza de cuál sea el secreto de Dalí. Hasta hoy no lo ha hecho. Ante este secreto discrepamos absolutamente del doctor Oriol Anguera. Estamos en una posición del todo opuesta a la de tan ilustre doctor, aunque apreciemos en todo su valer su ingeniosa opinión. Se ha comentado sólo un punto y nos hemos extendido más de lo necesario. Y así seguiríamos, ya que los capítulos—*Acerca del surrealismo* y *Acerca de la pintura surrealista*—están en la misma línea combativa y sugerente. Libro lleno de intuiciones maravillosas, de sugerencias, dará mucho que hablar y suscitará muchas polémicas. Su carácter audaz y combativo se presta a ello.

El libro está magníficamente editado. La gran cantidad de reproducciones dan una clara idea de la obra de Dalí. Debemos agradecer

al doctor Oriol Anguera el acierto que ha tenido al incluir las reproducciones de las primeras obras del artista, dispersas en colecciones particulares y muy difíciles de hallar.

JUAN GICH.

DECIMAS MEJICANAS

Podemos estar seguros que toda obra del profesor Vicente T. Mendoza es una aportación valiosa a la cultura literaria y musical de Méjico. Su nombre es garantía de probidad investigadora y clara exposición de los textos compilados. De todos los investigadores de la cultura popular española de Méjico ninguno ha dedicado tanto empeño y fervor a su tarea como Vicente T. Mendoza. Su labor como catedrático en el Conservatorio Nacional, su trabajo constante en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional son prueba de ello. A él también se debe la fundación y mantenimiento de la Sociedad Folklórica de Méjico, cuyos *Anuarios* forman una magnífica colección del folklore nacional e hispanoamericano. Su obra sobre *El romance español y el corrido mexicano*, publicada en 1939, es ya una obra clásica entre las que estudian la tradición española en América.

Con muy buen acierto el Instituto Nacional de la Tradición, de Buenos Aires, dirigido por aquel otro incansable investigador Juan Alfonso Carrizo, inicia con *La décima en México*, de Vicente T. Mendoza (1), una nueva serie de publicaciones dedicada especialmente a investigaciones hispanoamericanas.

En la *Introducción* el profesor Mendoza nos relata cómo fué interesándose en las décimas, glosas, valonas y trovos mejicanos, que a menudo «aparecen entremezcladas íntimamente» en la producción tradicional; cómo fué distinguiendo y clasificando el material que colectaba, y cómo, comparándolo con textos análogos de otros países, llegó a la conclusión de «que la décima cantada no se circunscribía a Méjico, sino a otros países de América». Finalmente, agradece a numerosos particulares e instituciones la facilidad que le brindaron para llevar a cabo su investigación.

Tras de estudiar en el capítulo primero *Los orígenes* de la cultura española en Méjico, donde destaca la labor civilizadora de las órdenes religiosas, franciscanos, agustinos, dominicos y jesuítas, examina la poesía conventual de Cayetano de Torres *(Poesías y otros*

(1) VICENTE T. MENDOZA: *La décima en México. Glosas y valonas.* Instituto Nacional de la Tradición. Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación Argentina. Buenos Aires, 1947. 683 págs.

asuntos espirituales, ms. abundante en décimas), la literatura universitaria (corrijo la fecha, probablemente errata, que se da como fecha de publicación del *Túmulo imperial,* de Francisso Cervantes de Salazar, por la exacta, 1560), concursos literarios, décimas recogidas por el Santo Oficio, pliegos sueltos impresos, etc. Explica someramente su origen, popularidad, títulos, autores, imprentas e impresores.

El capítulo segundo promete el *Análisis literario* de la décima. Mas sólo se detiene Mendoza en el análisis métrico y de la rima. Versificación octosilábica (con una que otra irregularidad proveniente de la acentuación prosódica defectuosa del pueblo iletrado) y una riquísima gama de rimas, consonantes, asonantes y versos libres. Con ejemplos típicos, diagramas e índices de frecuencia, Mendoza nos demuestra la popularidad de ciertos tipos de combinación de rimas en la décima mejicana. La clásica décima del maestro Espinel es la más arraigada en la versificación tradicional de la décima en Méjico; pero no faltan curiosas y variadas fórmulas de rima que la versificación mejicana ha inventado para sí, nunca usadas en España. Y «por lo que toca a la rítmica del verso octosilábico de la décima—dice Mendoza—, las acentuaciones más frecuentes son aquellas que señala Daniel Castañeda en su estudio del corrido». (Cf. *El corrido mexicano. Su técnica literaria y musical.* México. Editorial Surco, 1943, *passim.)* En la clasificación estructural de las composiciones observa Mendoza que de todas las combinaciones y transformaciones de las décimas, glosas o valonas, letrillas y cuándos, dobles o triples, la más popular es la glosa o valona de cuatro décimas y las décimas con *finida* (despedida característica de las décimas), fácilmente identificable por comenzar así: «*En fin,* hermosa paloma / ya me voy a retirar.» La falta de un examen de los rasgos estilísticos predominantes, que hubiera completado eficazmente el *Análisis literario,* enunciado de este capítulo, no invalida las minuciosas observaciones que señalamos, antes bien, abre un inmenso campo para investigaciones futuras.

El *Análisis de la documentación,* capítulo tercero, propone la clasificación en que se basa la distribución de los textos, cuidadosamente anotados, del resto del volumen, con la consiguiente indicación de fuentes y preferencias. Se trata de una clasificación temática rigurosa, pero no por ello a salvo de las deficiencias inherentes a toda clasificación. Un *Motif-Index* de los textos, previamente numerados y ordenados cronológicamente, quizá hubiera sido más provechoso. Las *Décimas literarias,* primer apartado de la clasificación, incluyen desde la décima de fray Miguel de Guevara y las cuatro que

dedicó a dicho religioso fray Bernardo de Alarcón (fls. 7 v. y 6 d. y v., s. n., respectivamente, en el ms. original), hasta las décimas de pliegos sueltos sin autor conocido y las recogidas de la tradición oral; décimas de adivinanza como de hojas petitorias y de programas de teatro y circo. En cambio, la única de sor Juana que aparece en el volumen (y sor Juana escribió un sinnúmero de ellas, sencillas y glosadas) aparece con las históricas y políticas. Las *Décimas religiosas* ofrecen mayor unidad que las literarias; sin embargo, ahí debió aparecer la de fray Miguel de Guevara antes mencionada. En este segundo grupo el tema religioso de la composiciones, fácilmente discernible, superó cualquiera duda que sugiriera el anonimato, la fecha o la impresión. Lo mismo puede decirse de los demás apartados de la clasificación. Décimas producidas (?) en la Inquisición, proféticas de calamidades y hechos espeluznantes, histórico-políticas, filosóficas, de amor y de asuntos diversos, para no referir más que las divisiones generales, y no las subdivisiones, que podrían alargarse hasta el infinito. Ya Mendoza nos previene diciendo que «en posesión de los documentos recolectados, ellos mismos me han ido obligando a separarlos, clasificarlos de otra manera e ir haciendo subdivisiones».

El capítulo XXVIII, último, es una documentadísima monografía sobre la *Valona*. Se estudia detenidamente desde el origen de la palabra, títulos diversos que recibe, forma de cantarla, desarrollo, apogeo, hasta sus temas, y aspectos literario y musical, para terminar con un análisis global de la estructura. Finalmente, Mendoza recomienda a los compositores de «música clásica evolucionada» utilizar la sugerente y compleja estructura de la valona. Afán de nacionalismo musical, del que ha sido Mendoza uno de los más fieles propulsores.

Conviene aclarar que las 2.560 décimas reunidas y estudiadas en el volumen que nos ocupa provienen de libros, folletos, pliegos sueltos, archivos y colecciones públicas y privadas, y que muy pocas son las que tienen su fuente en la tradición oral. Sería deseable que el profesor Mendoza encaminara su búsqueda hacia esa zona de la tradición literaria (que probaría la popularidad de los textos y no sólo la del tipo de versificación), y que encontrara el apoyo necesario para vencer los obstáculos que hasta ahora ha tenido para realizarla. No obstante, tal como aparece el volumen, «con toda justicia ha de enorgullecer al pueblo mexicano, por la diligencia y maestría puestas en la búsqueda de las piezas y la valiosa documentación histórica que las acompaña», como dice Juan Alfonso Carrizo en las últimas líneas del *Prólogo*.

También sería aconsejable reunir no pocas décimas que se conservan escritas en las paredes de muchas iglesias y conventos mejicanos, abundante literatura mural que todavía no ha sido colectada. Como homenaje al profesor Mendoza y como contribución a su obra traslado algunas muestras. Una de las innumerables que se conservan en las pinturas del antiguo Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, de Zacatecas (III Colegio de Propaganda Fide, 1706), fundado por fray Antonio Margil de Jesús (1657-1726):

Federico emperador
Con cruda barbaridad
Da guerra a la castidad
Del Santo Predicador.
Para probar su candor
Le introduce a una mujer
Libre y de buen parecer,
Cuando Francisco, esforzado,
De fuego cama ha formado
Para triunfar y vencer.

Otra de las cuarenta y ocho décimas que copié en colaboración con la señorita Addy Salas y el poeta Jorge Hernández Campos, durante una visita patrocinada por el Colegio de Méjico, de las paredes del Santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco (1746), Guanajuato, debidas seguramente al padre Luis Felipe Neri de Alfaro (1709-1776), fundador del Santuario. (Las por nosotros reunidas se conservan en la puerta principal, el presbiterio, el camarín de Nuestra Señora del Rosario y el refectorio; las de la capilla del Santo Sepulcro fueron publicadas por Clementina Díaz y de Ovando en su trabajo sobre *La poesía del padre Luis Felipe Neri de Alfaro*, Méjico, Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, 1947, páginas 38 y 40-47.) La décima que copio, de dura belleza, glosa el Salmo 50, 6, «Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum — Et in peccatis concepit me mater mea» (Mira que en iniquidades fuí concebido — Y en pecados me concibió mi madre):

Ya ves que en iniquidades
Fuí concebido, Señor,
¿Qué quieres de un pecador
Que se concibió en maldades?
Merezca ya tus piedades
Quien en culpa se formó;
Si esta hechura se quebró
Templa tus ojos airados,
Pues en males y en pecados
Mi madre me concibió.

Por otra parte, el libro de Mendoza viene a confirmar una de las características de la poesía mejicana: «en el culto al verso regular,

a la estrofa dibujada, a la estructura de la composición tradicional, el poeta mexicano parece encontrar los medios propicios para su arte»; y a demostrar que el pueblo y el poeta utilizan a menudo los mismos moldes para vaciar su vida y muerte; desde fray Miguel de Guevara, sor Juana Inés de la Cruz y los «decimeros» de la colonia, hasta Guillermo Prieto, los cantores jaliscienses y los poetas anónimos editados por Venegas Arroyo, una corriente constante de décimas recorre la literatura mejicana hasta llegar a la poesía de Xavier Villaurrutia.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ.

HUELLA LITERARIA DEL MITO DE ORFEO

Indice expresivo del renacimiento cultural español es la existencia de un numeroso grupo de jóvenes profesores e investigadores que, con tanta generosidad y constancia como inteligencia y acierto, dedica sus mayores esfuerzos al estudio. No interesa tanto, para advertir el estado cultural de un país, señalar en él la presencia de famosos maestros como apreciar la continuidad que éstos hallan en las obras y tareas de sus discípulos. Pienso, en efecto, que la labor intelectual de un profesor menguada sería si quedara ceñida dentro de los límites—siempre estrechos por extensa que sea—de la obra personal. Porque todo maestro debe aspirar a la formación de hombres capaces de continuar su magisterio. Y este es el caso, entre otros varios, de don Joaquín de Entrambasaguas.

Por su parte, el discípulo debe, ante todo, manifestar y agradecer con entusiasmo—que no es vacía adulación—el apoyo y orientaciones recibidos de su maestro, demostrando así que conoce y aprecia lo que su obra tiene de trabajo personal y de experiencia y conocimientos que se le han dado. Y este es, a su vez, el caso de Pablo Cabañas respecto de Entrambasaguas.

Digo esto a la vista de una obra reciente de Pablo Cabañas (1), en la que se estudia y analiza la huella marcada por el mito de Orfeo en la literatura española. Porque este libro—cuya admirable impresión tipográfica es ya un acierto—comienza reconociendo justamente el aliento, orientaciones y apoyos presentados al autor por su maestro.

Traspasado ya este acertado pórtico, penetramos en el contenido de la obra. Pablo Cabañas inicia su estudio con un capítulo pre-

(1) PABLO CABAÑAS: *El mito de Orfeo en la literatura española*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1948. 403 pás. + 4 hojas + 14 láminas.

liminar, que titula *Introducción al mito de Orfeo*. El libro se dedica solamente a resolver los aspectos que el mito órfico ofrece en la literatura española, pero en esta Introducción intervienen también, junto a los españoles, autores extranjeros, para lograr así una completa exposición del mito, necesaria para conocer después las fuentes de nuestros poetas y en qué facetas del mito fijaron éstos preferentemente su atención.

El libro está desarrollado, creo que acertadamente, con un criterio temático, es decir, analizando sucesiva y separadamente los diversos temas y aspectos mitológicos. Con ello, Cabañas logra evitar el confusionismo que hubiera originado el enfoque histórico de la obra, o sea, la exposición del mito, en su totalidad, empezando por los autores más antiguos para terminar en los actuales. Así, los temas de la fidelidad, la intervención de los agüeros, la curiosidad, la desgracia y la seducción por la música son estudiados en otros tantos capítulos con densidad de concepto y agradable prosa. Esto constituye la primera parte de la obra, que se ve completada por la segunda—*La popularidad del mito de Orfeo*—, en la que quedan estudiadas las relaciones del mito órfico con otros temas mitológicos, las interpretaciones burlescas y «a lo divino» del mito, y la utilización de éste como recurso panegírico y como recurso para la rima.

Queda ya completo el libro. Del análisis hecho brota la indispensable síntesis. El trabajo está realizado con toda seriedad, con profusa, ordenada y sistemática erudición, en la que cada dato está cumpliendo una función determinada y todos los datos y citas—que son numerosos—no ahogan, no asfixian, ni desdibujan la visión del conjunto. Pero es necesaria la síntesis. El mito de Orfeo es una herencia recibida directamente por nuestra literatura de las letras latinas. Sin embargo, la literatura española no se ha limitado—como señala Pablo Cabañas—a recoger el legado y devolverlo en español en prosa y verso. El mito, por el contrario, ha sido reconstruído. «Para ello—dice Cabañas—se duplicó el cauce, se ensancharon las orillas, la fantasía de los poetas inventó nuevos personajes, comparsas de las inmortales figuras mitológicas. Pero también se acotó el campo, se limó la aspereza, se celó el paso a los pasajes cuya estructuración era ajena a la poesía auténtica. Y aquel trozo ovidiano que tanto, y tan justamente, indignaba a Menéndez y Pelayo: «Ille etiam Thracum populis fuit auctor, amorem...» no dejó huella alguna; nuestros poetas, en esta ocasión como en muchas otras, se apartaron decididamente de las *Metamorfosis* acercándose *a las Geórgicas*, de Virgilio.»

Copiosa bibliografía, formada por ciento treinta y cuatro títulos,

demuestra ampliamente el trabajo llevado a cabo por el autor de la obra. Por último, en tres apéndices documentales se da el texto del auto inédito *El divino Orfeo*, de Calderón de la Barca; del *Orpheo*, drama músico, inédito, del M. R. P. Gabriel Ruiz, y de la zarzuela *Orfeo, Fénix de Turia*, de autor desconocido; todos los cuales se conservan en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Otras aportaciones muy interesantes contiene el libro, pero no cabe analizarlas aquí una por una. Digamos tan sólo, como ejemplo, la que supone el dar las pruebas literarias definitivas que confirman la paternidad de Lope para el *Orfeo en lengua castellana*, aparecido en Madrid, año de 1624, bajo el nombre del licenciado Juan Pérez de Montalbán.

En definitiva, la obra de Pablo Cabañas constituye un ameno y erudito trabajo, en el que el rigor científico no entorpece la agilidad de la prosa en que está escrito. Y merece este libro ser conocido de los lectores y estudiosos hispanoamericanos, como muestra muy preciada de la labor intelectual que realizan los jóvenes españoles. De este modo podrá comprobarse una vez más la especial ceguera de ciertos críticos que han aludido, con inútil e ingenua jactancia, a una pretendida «despoblación» cultural de España.

JAIME DELGADO.